

tran en el término «espera», no esperanza, es decir, confianza en el tiempo o pasar, y no desde una categoría apriorística o bien supremo al modo manriqueño (10). Pero al final de la estrofa el tono cambia:

*«y más: razón y locura
y amargura
de querer y no poder
creer, creer y creer!»*

El agua aparece como signo en la vivificadora síntesis de la antinomia «razón y locura». La inteligencia del hombre aparece como insuficiente para descifrar el misterio de la angustia (nada, mar), anhelo que indefectiblemente puede canalizarse por la vía cordial. La repetición «creer, creer y creer» se relaciona con el interés que en esta época manifiesta Machado por la filosofía y persona de Unamuno (11). La soledad y desesperanza de Machado, más incrédulo que el pensador bilbaíno, acentúa en este período de su existencia, por un lado, su desconfianza hacia Dios, al mismo tiempo que le impulsa a una búsqueda de un lazo de amor o solidaridad con los otros.

El anhelo de iluminación o fe se ve oscurecido por el paso del día a la noche, así como por la presencia de los objetos vulgares, que desvían de ese conocimiento en que el intelecto, a veces narcisísticamente, se recrea:

*«Anochece;
el hilo de la bombilla
se enrojece,
luego brilla,
resplandece,
poco más que una cerilla.»*

Por fin hace su aparición la referencia directa a Unamuno —el «dilecto» y «predilecto» de «esa España que se agita, / porque nace o re-

(10) «Vivir es devorar tiempo: esperar; y por muy trascendente que quiera ser nuestra espera, siempre será espera de seguir esperando. Porque, aun la vida beata, en la gloria de los justos ¿estará, si es vida, fuera del tiempo y más allá de la espera? Adrede evito la palabra 'esperanza', que es uno de los grandes superlativos con que ayudamos a un esperar los bienes supremos, tras de los cuales ya no habría nada que esperar» [O. P. P., p. 373].

(11) «La muerte de mi mujer dejó mi espíritu desgarrado. Mi mujer era una criatura angelical segada por la muerte cruelmente. Yo tenía adoración por ella; pero sobre el amor está la piedad. Yo hubiera preferido mil veces morirme a verla morir, hubiera dado mil vidas por la suya. No creo que haya nada extraordinario en este sentimiento mío. Tal vez por esto viniera Dios al mundo. Pensando en esto, me consuelo algo. Tengo a veces esperanza. Una fe negativa es también absurda. Sin embargo el golpe fue terrible y no creo haberme repuesto. Mientras luché a su lado contra lo irremediable me sostenía mi conciencia de sufrir mucho más que ella, pues ella, al fin, no pensó nunca en morirse y su enfermedad no era dolorosa. En fin, hoy vive en mí más que nunca y algunas veces creo firmemente que la he de recobrar. Paciencia y humildad.» Carta a Unamuno, ¿1913?, O. P. P., pp. 916-917.

sucita»—, en relación irónica con el precario vivir español, que a principios de siglo acusa las tensiones históricas de la época (12). Esta actitud de preocupación socio-política de Machado por el problema español constituye la excepción en el grupo noventayochista, que, revolucionario en su juventud, termina apartándose de la Historia y ocultándose en el paisaje (13). Machado se identifica con la filosofía unamuniana «diletantesca», «voltaria» y «funambulesca», refiriéndose al difícil equilibrio entre razón e intuición, y a esa zona media donde se sitúa el poeta para luchar desde la angustia y la duda.

La antinomia razón-fe la traslada inmediatamente al plano temporal para insinuar que el flujo, la duración, puede ser aprehendida emocionalmente por la poesía.

*«Agua del buen manantial,
siempre viva,
fugitiva;
poesía, cosa cordial.»*

El pensamiento lógico, que es destemporalizador, no puede enajenarse del movimiento; es decir, el poeta, que no puede pensar sino en el tiempo, sigue su orientación sentimental en el debate antinómico entre homogeneidad (inmóvil) y heterogeneidad (lo cambiante). Aunque queda destacada la importancia del factor emotivo en el poema, el pro-

(12) «Cuando comienza el siglo XX, el Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores (dirigidos por Pablo Iglesias y Antonio García Quejido) están ya sólidamente implantados. En breves años decuplicarán su fuerza, tendrán numerosos concejales y hasta un diputado (Iglesias, a partir de 1909), dirigirán numerosas huelgas, particularmente en Vizcaya, crearán la organización de jóvenes (en 1905) y tendrán una audiencia creciente en el país. El anarquismo, que había quedado desorganizado a consecuencia de su ala terrorista (que persistirá) renace en el cauce del anarco-sindicalismo catalán a partir de 1904; en 1910 se crea la Confederación Regional del Trabajo y, al año siguiente, la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Ese mismo año, la UGT, que al comenzar el siglo tenía 26.000 afiliados, pasa ya de los 127.000... Estas diversas fuerzas que en más de una ocasión toman la forma de lo que se ha llamado 'las dos Españas' —antinomía expresada y poéticamente por Antonio Machado en 1913— se enfrentan en diversas formas y ocasiones durante los primeros quince años del siglo; en las elecciones legislativas, en las grandes huelgas de Bilbao en 1903, 1906, 1910; de Barcelona en 1903, en el conato de huelga general nacional del verano de 1910, en la huelga general nacional de septiembre de 1911, en la huelga ferroviaria de 1912... Hay, el choque dramático de 1909; contra la movilización de reservistas y la guerra en Marruecos, la huelga general comenzada en Cataluña se transforma espontáneamente en una insurrección, reprimida por el ejército enviado desde otros puntos del país.» Tuñón de Lara, M., «La España del siglo XX», París: Librería Española, 1966 pp. 11-12, 15.

(13) «Tras la entrada en la realidad histórica que significa para Antonio Machado "Campos de Castilla" ya sabemos lo que ocurre: sin abandonar jamás su muy peculiar 'duda metódica', consciente siempre de las ambigüedades, el pensamiento de Machado va refiriéndose cada vez más directamente a lo particular histórico y sencillamente, politizándose hasta extremos inesperados en un autor de su generación en fechas tan tardías.» Carlos Blanco Aguinaga, «Juventud del 98», Siglo XXI de España Editores, S. A., 1970, p. 320.

blema es determinar qué elementos entran en esa elaboración cordial del lenguaje poético (14).

Inmediatamente se cuestiona la función de la poesía a través de una interrogación y una objetivación en diálogo, método dialéctico por medio del cual el poeta confronta dos posiciones desde un plano crítico para la comprensión concreta de la realidad. La respuesta es aparentemente negativa —«No hay cimiento ni en el alma ni en el viento»—. La poesía no puede reducirse ni a lo subjetivo (alma) ni a lo objetivo (viento), ambos igualmente medios etéreos incompatibles con el tiempo síquico y espacio concreto donde se forja la poesía. La dialecticidad se caracteriza en la continua relación o constante dejar de ser lo que se era que impide todo «cimiento» o «construcción» que no sea la duda, el conflicto. La alusión manriqueña del agua que va «hace la mar sin ribera» confirma este principio dialéctico de la falta de límites en que el agua, la poesía (tiempo), aparece como suscitadora de nuevas relaciones y tensiones entre el yo y el tú.

La primera mención de Bergson, cuyo pensamiento ha instrumentado parte del desarrollo de «Poema de un día», se asocia con Kant y Unamuno. El interés de Machado por Bergson (15) está en relación con la preocupación del poeta sevillano por profundizar el estado interno (emotivo) de la creación poética.

La teoría de la «duración real» del filósofo francés es fundamental en la poética machadiana. El problema central consiste en la contradicción que surge al tratar de adecuar la función emotiva y conceptual de la poesía. Los estados instantáneos del tiempo duracional del poema se permean, sin yuxtaponerse, en virtud de su heterogénea espacialidad. Ya «duración pura» se traduce en acto libre en tanto en cuanto espacio y tiempo son ineditificables. Kant, en oposición al pensador francés, introduce una relación causal espacio-temporal confundiendo tiempo («yo fundamental») y espacio («representación del ego»). Kant «ha hallado el libre albedrío / dentro de su mechinal»; es decir, ha situado el yo fuera de la duración, y, por lo tanto, fuera de la esfera del conocimiento. El «mechinal» de Kant se constituye en principio y

[14] «Pero el lenguaje es ya mucho menos mío que mi sentimiento. Por de pronto, he tenido que adquirirlo, aprenderlo de los demás. Antes de ser nuestro —porque mío exclusivamente no lo será nunca— era de ellos, de ese mundo que no es ni objetivo ni subjetivo, de ese tercer mundo en que todavía no ha reparado suficientemente la psicología, del mundo de los otros yos» (O. P. P., p. 714).

[15] Machado, con una beca de la Junta de Ampliación de Estudios sigue cursos de Bergson y Bédier en 1911 y sigue su afición a esta disciplina con numerosas lecturas a partir de 1913 para licenciarse finalmente en 1917 en Filosofía por la Universidad de Madrid. A su afición filosófica se refiere Machado en el «Proyecto de discurso de ingreso en la Academia de la Lengua»: «Si algo estudié con ahínco fue más de filosofía que de amena literatura» (O. P. P., p. 843).

fin del problema del conocimiento eliminando el objeto (16) y toda posible aprehensión del mundo exterior. La actitud kantiana supone una regresión al subjetivismo individualista del XIX, del que Machado trataba de salvar la conciencia individual integrándola en una nueva metafísica, donde sujeto y objeto entrasen en juego dialéctico lejos de cualquier tipo de pura introversión. El poeta busca una forma de comunicación entre el yo y las cosas que va a definir tentativamente por la vía erótica: «Mas existe —según Abel Martín— una quinta forma de la objetividad, mejor diremos una quinta pretensión a lo objetivo, que se da tan en las fronteras del sujeto mismo, que parece referirse a un «otro» real, objeto no de conocimiento, sino de amor» (O. P. P. 296). La simple actividad del sujeto no se agota en sí ni en el objeto, sino que se proyecta activa y amorosamente al objeto en deseo vehemente de rebasar (no eliminar) su limitación subjetiva sin agotarse o puramente reflejarse en el objeto exterior (17).

En la siguiente estrofa, después de la pausa del proverbio o tradición (histórica) de la que nunca parece querer separarse el poeta, se retoma el tema manriqueño:

*«Algo importa
que en la vida mala y corta
que llevamos
libres o siervos seamos;
mas, si vamos
a la mar,
lo mismo nos ha de dar.»*

La ironía introduce dos pensamientos aparentemente contradictorios: la importancia o no importancia de la libertad en esta vida y lo inaplicable de este postulado ante la igualatoria muerte. A Machado le importa mucho la problemática de la libertad en función de las relaciones entre subjetividad y objetividad. La voluntad autónoma da su propia ley sin sometimiento a las leyes de los fenómenos, pero a este

(16) «En el movimiento pendular que va, en las artes como en el pensar especulativo, del objeto al sujeto, y viceversa, el ochocientos marca una extrema posición subjetiva. Casi todo él milita contra el objeto. Kant lo elimina en su ingente tautología, que esto significa la llamada 'revolución copernicana', que se le atribuye. Su análisis de la razón sólo revela la estructura ideal del sujeto cognoscente» (O. P. P., p. 845).

(17) «La conciencia —dice Abel Martín—, como reflexión o pretense conocer del conocer, sería sin el amor o impulso hacia lo otro, el anzuelo en constante espera de pescarse a sí mismo. Mas la conciencia existe, como actividad reflexiva, porque vuelve sobre sí misma agotado su impulso por alcanzar el objeto trascendente. Entonces reconoce su limitación y se ve a sí misma como tensión erótica, impulso hacia 'lo otro' inasequible. Su reflexión es más aparente que real, porque, en verdad, no vuelve sobre sí misma para captarse como pura actividad consciente, sino sobre la corriente erótica que brota con ella de las mismas entrañas del ser. Descubre el amor como su propia impureza, digámoslo así como su 'otro inmanente', y se le revela la esencial heterogeneidad de la sustancia» (O. P. P., p. 305).

imperativo moral de la voluntad (sujeto) es inseparable de las normas que impone la realidad (objeto). Libertad y necesidad no van yuxtapuestos, sino en realidad unitaria, pues pertenecen a una unidad dentro de dos mundos. Toda libertad concreta está en unidad dialéctica con la necesidad, pues en la actividad real del hombre no se da —excepto en el plano ideal— en dependencia absoluta ni independencia total. En la poética machadiana existe por un lado dependencia de esa fuerza amorosa que presupone una inclinación exterior a la que tiende el poeta. El método dialéctico en Machado trata del conocimiento de la totalidad del proceso subjetivo e histórico.

Irónicamente el sujeto de la reflexión califica sus meditaciones de tediosas («soledad de soledades, vanidad de vanidades, / que dijo el Eclesiastés») y el pensamiento bíblico, como antes el proverbio español, le sirve de apoyatura para comentar lo elusivo y vacío del tiempo presente. De esta abstracción, provocada por la soledad y la melancolía, el poeta pasa al mundo exterior en forma de los objetos que componen la indumentaria del poeta («Mi paraguas, mi sombrero, / mi gabán... El aguacero / amaina... Vámonos, pues»), pues el agua —motivo de la reflexión— ha cesado de caer.

El cambio real, íntimo, que nos ha ido mostrando el poeta queda descompuesto en las divisiones que marca el sucederse del tiempo: «luz invernal», «clarea», «anochece» y finalmente el «Es de noche» con que inicia la próxima estrofa. El poeta, abandonado a su intimismo, nos introduce, mediante la tercera persona, en la tertulia de la rebotica (18). El tema del paso del tiempo (en esta consuetudinaria reunión donde se mata el tiempo), centrado en los contertulios que hablan del carácter efímero de la política española, se sintetiza con el consabido proverbio (otra forma de intemporalidad):

*«Todo llega y todo pasa
Nada eterno»*

que nos remite nuevamente al tema manriqueño de que la única realidad es el pasar. El recuerdo de esa lluvia, que anteriormente provoca la introspección, enlaza nuevamente con el elemento histórico, de forma irónica («¡Las fatigas, los sudores / que pasan los

(18) «La tertulia de la rebotica de Almazán estaba integrada, además de por su dueño, don Adolfo, que era profesor de gimnasia del Instituto, por el abogado Emilio Fernández del Rincón, el catedrático de filosofía, de Urquía, el doctor en medicina Juan Martínez Poyatos, el concejal Manuel Oliveira, el profesor de Matemáticas Gómez Arenas, don Antonio Parra, secretario del Instituto, etc. "Amistades de Antonio Machado", Orestes Macrí, "Insula", número 158.» Manrique de Lara, J. G., «Antonio Machado», Bilbao: Editorial Española Desclee de Brouwer, 1968, p. 71.

labradores. / En otro tiempo...»), pues no todo tiempo pasado fue mejor para estos campesinos que esperan eternamente un trabajo que les permita vivir en su tierra con dignidad. El reloj, que paradójicamente introduce la inevitable especialización en nuestro tiempo síquico descomponiendo la continuidad, cierra inexorablemente el día.

El poeta retorna a su habitación, al punto de partida —como la lluvia, las cosechas, la tertulia—, con una mayor conciencia de su diaria vivencia, de su transitoriedad. Vuelto a su soledad se enfrenta nuevamente con el volumen de Bergson que provoca la última meditación:

*«Sobre mi mesa Los datos
de la conciencia, inmediatos.
No está mal
este yo fundamental,
contingente y libre, a ratos,
creativo, original;
este yo que vive y siente
dentro la carne mortal
¡ay! por saltar impaciente
las bardas de su corral.»*

El bergsoniano «yo fundamental» se refiere a esos raros y únicos momentos de la actividad síquica en que el yo fundamental se identifica con la duración pura. Este yo cualitativo, indivisible, viviente, se constituye en libertad tomando posesión de sí mismo. La libertad consiste, pues, en ese acto plena y totalmente incorporado a la duración (19). «Contingente y libre, a ratos», porque son pocos los momentos en que la persona se identifica con la pura duración, es decir, cuando el yo toma posesión de sí mismo (20). La libertad se inscribe dentro de la heterogeneidad e inseparabilidad que agrupan el «vive y siente», pues los estados de conciencia no pueden disociarse y el conocimiento aparece como conjunción del pensamiento (vida) e intuición (sentimiento) en ese estado especial y único del yo insustituible e irrepetible (21). La aprehensión inmediata e intui-

(19) «Nous sommes libres quand nos actes émanent de notre personnalité entière quand ils l'expriment, quand ils ont avec elle cette indéfinissable ressemblance qu'on trouve parfois entre l'oeuvre et l'artiste.» («Essai sur les données immédiates de la conscience». Paris: Presses Universitaires de France, 68 ed. 1948, p. 129.)

(20) «Mais ces moments où nous ressaisissons ainsi nous-mêmes sont rares, et c'est pourquoi nous sommes rarement libres. La plupart du temps, nous vivons extérieurement à nous-mêmes, nous n'apercevons de notre moi que son fantôme décoloré, ombre que la pure durée projette dans l'espace homogène» (O. P. P., p. 174).

(21) «Nous verrions que si ces états passés ne peuvent s'exprimer adéquatement par des paroles ni se reconstituer artificiellement par une juxtaposition d'états plus simples, c'est parce qu'ils représentent, dans leur unité dynamique et dans leur multiplicité toute qualitative.

tiva de lo real lleva a una aspiración metafísica («por saltar impaciente») de saltar del análisis narcisista del entendimiento y del vacío de las intuiciones a la fe cordial. La aceptación de la «otro» —no su existencia externa— constituye un acto de fe en el hecho de que la realidad carece de verdad fuera de la conciencia (22). Por la intuición que capta el devenir se descubre, según Bergson, el ser, así como la libertad, pero el esperar se basa en una razón objetiva o sed del otro, fundamento de la metafísica de Machado. La comunión con la «otredad» es primordial, aunque el empeño dentro de la «carne mortal» se traduzca muchas veces en fracaso.

«Poema de un día» es una muestra del múltiple diálogo que la poesía establece entre diferentes niveles de la subjetividad y objetividad para tratar de alcanzar una adecuación entre el yo y el mundo mediante una síntesis totalizadora que dé sentido a ese sentimiento de la nada como fuente de revelación del ser. La dialecticidad yo-mundo, o creencia del yo en lo otro y el otro, atraviesa una serie de enriquecedores y conflictivos estadios que indefectiblemente parece resolverse en el yo emocional, erótico, como respuesta dialéctica a la alienación o división sujeto-objeto. El escepticismo creador de la poética de Machado, después de superar las limitaciones del antiintelectualismo bergsoniano y la estructura ideal del sujeto cognoscente del análisis kantiano, vuelve al sujeto sentimental que siente angustiosamente esa falta de Dios u «otredad» sin llegar completamente a objetivarse. Reflexión, pues, no como huida de sí mismo, sino como subjetividad con acción transformadora del yo que se objetiva. *Movimiento de dentro afuera, que descubre al otro descubriéndose a sí mismo.*

JOSE ORTEGA

The Humanistic Studies Division
University of Wisconsin-Parkside
KENOSHA, Wis. 53140 (USA)

des phases de notre durée réelle et concrète, de la durée hétérogène, de la durée vivante. Nous verrions que, si notre action nous a paru libre, c'est parce que le rapport de cette action à l'état d'où elle sortait ne saurait s'exprimer par une loi, cet état psychique étant unique en son genre, et ne devant plus se reproduire jamais.» Op. cit., p. 179.

(22) «La filosofía del porvenir a que Machado se refiere, filosofía existencialista, temporalista, pero de la que falta esa fe que él añora, no es sino un immanentismo a secas, es decir, un deseo, una necesidad de Dios; un Dios en el corazón y sólo en el corazón; algo que él desea tener, pero que no tiene.» Sánchez Barbudo, A., «Ideas Filosóficas de Antonio Machado» en «Antonio Machado», ed. de R. Gullón y Allen W. Phillips, Madrid: Taurus, 1973, p. 198.